

Estaba sentado, solo, y tú, enfrente de mí estabas. Qué raro, bizarro, pensaba sólo mirarte y tú me envenenaste. Con solamente ocho años, mi corazón en llamas pusiste. Querido Guernica, cuanto me ayudaste. En aquella época, era un niño y con mis padres había venido a ver los cuadros de los maestros: los que con sus manos arte crean. Y entonces te vi: grande, impresionante. Mis ojos de negro y gris se cubrieron. Mi alma cambió y lo sabes. Descubrí un mundo nuevo y lleno de preguntas estaba. Esta violencia, estas llamas, ¿de verdad existieron? Mi madre, con su gran sabiduría, me dijo que ese cuadro era de Picasso, un gran maestro. Me quedé sentado un rato y todavía no sabía que mi vida del todo ibas a transformar. Mi mente únicamente en ti pensaba. Eras como un sueño eterno, el misterio de mi vida. Esa misma noche; soñé contigo, con tu rareza, con tu belleza. Era yo en aquel periodo muy curioso, necesitaba saber lo que representabas. Pocos lo comprenden, pero si alma de niño guardaste, testigo de mi secreto eres. Al día siguiente, le pregunté a mi abuelo lo que representabas. “Bueno, un bombardeo, zagal”, me contestó. “Un bombardeo, pero ¿de quién?”. Se quedó fijo y no quiso ni siquiera mirarme. “Cállate chiquillo, que de guerra no se habla. Olvídate de esto, que no son cosas de niños.”. No volví a hablar del asunto, pero nunca te olvidé. Cada noche te recordaba, me imaginaba tu grandeza, tu altura, tu preciosidad. Sospecho que, en aquel día, mi espíritu rebelde despertaste. Pasaron años, pero seguía recordándote, sin embargo, me resistía a conocerte. No estaba listo para comprenderte.

Me apasiona desde entonces el arte. Veía en cada cuadro una historia, un cuento. Podía quedarme horas mirando obras y leyendo. Las palabras eran mi refugio, los personajes mis amigos. En vez de comer con los demás me quedaba charlando con Don Quijote y Sancho Panza. Cuando empecé bachillerato de ciencias, dejé este hábito. Salía con mis compañeros a bailar, ya no leía tanto, no iba al Prado todas las semanas. Estudiaba todo lo que necesitaba, pero ya no quería pensar en lo que un día fui. Lo siento, Guernica, no quería recordarte, eras demasiado. Las mates eran mi nueva casa, los isotopos mi pesadilla. Un día fuimos de nuevo al museo Reina Sofía con mi clase. No había vuelto desde la última vez. Y entonces te vi de nuevo. Me acordé de todo y de nuevo me obsesioné. Me quedé horas ante ti, y mis compañeros se fueron sin mí. Pero me daba igual. Cuando llegué a casa, busqué en Internet tu historia y descubrí un nuevo relato, el de una guerra. Un día, me anunciaron el fallecimiento de mi abuelo, al que quería tanto. Dos días después iba andando con un traje oscuro a la iglesia. Llevaba tus colores, el negro y el blanco. Tuve la sensación de descubrir lo que de verdad era sufrir. En aquel periodo rememoré las tardes leyendo con él, debatiendo sobre literatura. Mis prolongadas sesiones de preguntas a las que contestaba siempre. Encontré consuelo en los libros, mis páginas queridas. De nuevo soñaba con los poemas de Lorca, me asustaba con las Leyendas. Dos meses después que muriera vine a su casa para recoger algunas cosas tuyas. Iba recogiendo libros tuyos cuando descubrí unas fotos viejas detrás de una estantería. Eran negras y blancas como tú. En ellas figuraban personas que me resultaban familiares, una mujer y su marido, los dos bastante jóvenes, delante de una casa blanca. Pero me fijé sobre todo en el hombre, era alto, delgado, y llevaba ropa estropeada. Se parecía tanto a mi abuelo, con sus ojos negros, su cara, su sonrisa... Detrás de esta foto tan misteriosa estaba escrito “Pedro Jiménez y Pilar Pérez, 1936, Aledo”. Este señor se llamaba igual que mi abuelo, pero no podía ser él ya que había nacido en 37. Me obsesioné con esta foto, estas caras, las conocía estaba convencido. El día siguiente, empecé a leer el poemario favorito de mi abuelo, “Poema del Cante Jondo”. De nuevo veía los poemas que tanto contaron por él. Las rimas me besaban, las metáforas me consolaban.

Como un abrazo, las palabras se pegaban a mi, al ritmo de los versos mi espíritu bailaba. Mientras estaba leyéndolo, vi entre las páginas una hoja más espesa que las otras. La saqué del libro y reconocí la escritura de mi abuelito. Sentí mis manos temblar y lágrimas salir de mis ojos. Era un legado suyo, lo había dejado a propósito. Procuré calmarme y después de varios intentos me atreví a mirar. Leí con atención el contenido de la carta:

“Querido Santiago,

Si estás leyendo esta carta es que ya no estoy contigo. Tenía tantas cosas que decirte, pero no me atrevía. Te voy a contar mi historia, pero prométeme de no juzgarme. Nací en Aledo, en 1937, en el momento menos oportuno. La guerra ya había empezado, y mis padres en el peor periodo me dieron la vida. Mi padre era carpintero y mi madre ama de casa. Eran tan felices. Pero estalló la guerra y con ella desaparecieron todas sus esperanzas. Mi padre, Pedro, era amigo del alcalde socialista. Los nacionalistas llegaron y se lo llevaron todo. Mataron a mi padre por ser “rojo”. Mi madre huyó conmigo a otro pueblo. Cuando volvimos nos dijeron que lo habían fusilado, y tirado en una fosa común. Ella nunca lo superó y yo tampoco. Me fui lo antes posible. Con dieciocho me refugié en la capital pensando que callándome todo iba a arreglarse. Conocí a tu abuela, y todo cambió. Descubrí lo que era amar a alguien, tuvimos tu madre y en aquel momento mi vida me pareció completa. Querido nieto, era tan feliz, cuando llegaste me curaste. Mi corazón herido ya no me dolía. Eres mi salvador. Cuando me preguntaste por lo de Guernica, comprendí que callarse no era la solución, pero no podía. Cuando tienes cierta edad ya es demasiado tarde para arreglarlo todo. Te pido un favor, siento pedirte de esta manera. Antes de que mi madre muriera ella me pidió que la enterrara con mi padre. En estos tiempos no se podía, el gobierno también no quiso recordar lo doloroso que fue este periodo. Pero ahora sí se puede. Por favor, ve a Aledo, en Murcia y entierra a mi padre en el cementerio. En el cajón de mi mesilla de noche están los papeles. Sé que parece tonto, pero nunca tuve la fuerza de volver ahí. Abandoné a mi madre sola, mi padre debajo de la tierra y mi historia. Querido nieto, te lo pido repara la injusticia del pasado.

Te quiero mucho,

Abuelito”

Un año después, estaba sentado en la iglesia, para el entierro de mi bisabuelo. Por fin volvería a reunirse con su amada esposa. Mi abuelo tal vez no pudo cumplir su promesa, pero no importa. Gracias a él aprendí que callarse no cura nada. Mi familia estuvo a partir de entonces unida hasta nunca. Después de la ceremonia anduve por la ciudad. Miré lo que había sido el pueblo de mi abuelo. Ya era adulto, el niño que fui había desaparecido con él. En su corazón hasta siempre vivirá mi niñez, en sus brazos se quedará mi inocencia y en sus mejillas residirá todo el cariño que le di. Lo he aceptado, he cambiado, pero no olvido lo que un día fui. Ignorar el pasado no es la solución, aunque me duela recordar lo feliz que era. Ha acabado una etapa de mi existencia, pero lo mejor queda por venir, por lo menos eso espero...

Y todavía no sé por qué, pero mismo en aquellos momentos sigo pensando en ti Guernica. Ahora sí te comprendo. Por fin entiendo tu propósito. Te agradezco por abrirme los ojos, por ayudarme cuando más lo necesito. Eres único, hermoso, grande. Sin ti tal vez eso no hubiera sucedido. Querido Guernica, eres la obra de mi vida, nací y crecí bajo tu influencia, pero con tu historia me fortaleciste. Eres mi arma contra la ignorancia porque el olvido nunca triunfa.